

AUTUNDA

SEMANARIO DE LA SOLIDARIDAD

AÑO II.—NÚM. 53

Madrid, 1 de mayo de 1937

Precio: 15 cts.

1 y 2 de mayo. Estas dos fechas—Fiesta del Trabajo, Jornada de la Independencia—que el calendario ofrece unidas, cobran este año un valor simbólico y trascendental para el pueblo español. Las masas populares luchan en las trincheras por lo que ambas fechas simbolizan: por una sociedad más justa, por la independencia de nuestra patria. ¡Trabajadores, soldados del pueblo: sed dignos de estos altos ideales!

En este Primero de Mayo

Para un jefe militar leal no puede haber orgullo más legítimo que el defender con sus soldados lo que éstos por sí mismos han resuelto defender. Los hombres que hoy combaten a mis órdenes han tomado un día las armas para librar a Madrid y a España entera de quienes, con ánimo de esclavizarnos, han lanzado hordas de mercenarios y forzados internacionales contra el pueblo. La defensa de este pueblo ha sido para nosotros, los militares leales, no sólo una cuestión de conciencia, sino de deber patriótico.

Pero hay en esto algo todavía más profundo. Los trabajadores españoles, que en este Primero de Mayo celebran su fiesta en las trincheras, vieron un día amenazados sus derechos —pacíficamente logrados—, su pan y su libertad. Y salieron a defenderse con el pecho descubierto, sin pensar si el enemigo tenía o no armas superiores. Era para ellos algo de vida o muerte, y se dispusieron a morir, si era preciso, antes que ser esclavos. Servir la causa de estos hombres, que es hoy la causa de España entera, es el mejor título de gloria a que puede aspirar un buen jefe militar español.

Yo me siento satisfecho del comportamiento de estos trabajadores, transformados por obra de su arrojo, su heroísmo, su capacidad de sacrificio, en soldados perfectos. Ellos han ganado sin mando y sin armas batallas casi increíbles. Ahora que tienen todo lo que necesitan para vencer, el triunfo no se hará esperar mucho tiempo. El enemigo se habrá persuadido ya de que Madrid no será jamás sino de quienes han sabido defenderlo. Sigán luchando con firmeza mis soldados del pueblo; sus hijos podrán celebrar así, en la paz, durante muchos primeros de mayo, la libertad que ellos con sus armas les están defendiendo.

GENERAL JOSÉ MIAJA



DECLARACION DE LA DELEGACION MUNDIAL DEL S. R. I.

El último día de nuestra estancia en Valencia hemos sido testigos del siguiente hecho: una multitud compuesta de más de 30.000 personas exteriorizó vivamente su indignada protesta contra la entrada en vigor del Control, esa modalidad de la política de no injerencia en los asuntos españoles.

La consumación del bloqueo contra el único Gobierno legal de España pasa de ser una provocación. Una provocación llevada a cabo por la Marina de Hitler y la de Mussolini, por los mismos que en proporciones enormes han enviado tropas y material contra el pueblo español.

En Madrid y otros lugares hemos visto directamente con nuestros propios ojos los monstruosos crímenes del fascismo internacional. Hemos visto

también el heroísmo de los combatientes del pueblo y la prodigiosa solidaridad de la población civil, las grandes privaciones y los cotidianos bombardeos a que está sometido Madrid.

En la vanguardia, como en la retaguardia, en todos se manifiesta una clara conciencia de su cometido histórico: la conciencia de que el pueblo español no sólo lucha por su propia libertad, sino además por la democracia y la libertad del pueblo entero.

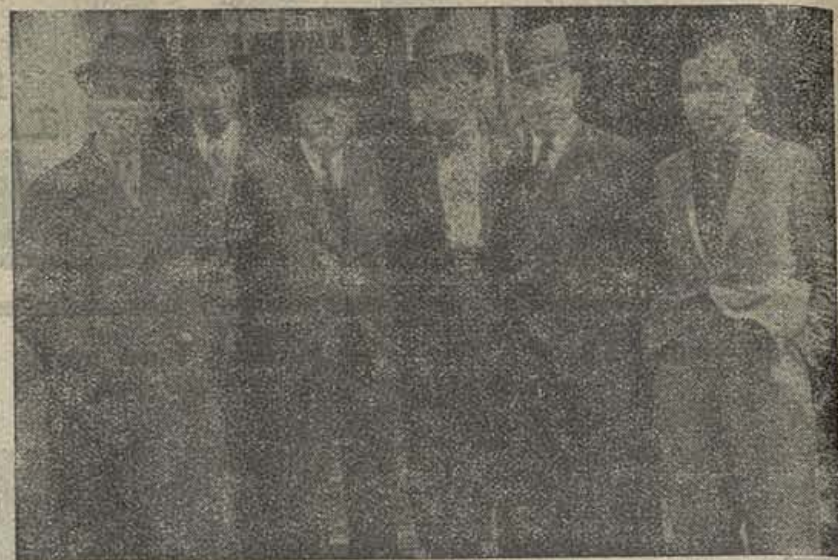
Tales hechos, cuya significación no ignora el pueblo en otros países, acredita lo ignominioso del bloqueo. La presencia de cruceros fascistas en la proximidad de aguas jurisdiccionales de la República, no ya constituye un hecho en alto grado provocativo contra el pueblo español y su Gobierno legítimo. Significa, señaladamente, un

grave peligro para la paz de Europa.

Terminamos adhiriéndonos con todas nuestras fuerzas a la protesta del pueblo español contra el bloqueo realizado por las potencias fascistas, verdaderos agresores de España. ¡Que en todos los países el pueblo proclame la misma protesta! ¡Que exija de sus Gobiernos respectivos la terminación de esa vergonzosa política seguida con la España republicana!

Respondamos al bloqueo con la siguiente respuesta: reforzando la solidaridad internacional con el pueblo español en su lucha contra el fascismo, ese enemigo jurado de toda civilización.

La Delegación del C. E. Mundial del S. R. I.: KNUT OLSSON, BRUNO STEYAERT, PIERRE BLANCHARD y BOB CLAESSENS.



Los delegados del Comité Mundial del S. R. I., con el presidente del Socorro Rojo de Cataluña, Dr. Serra Hunter.

DEL MARTIROLOGIO DE LA LIBERTAD

PESENTI, VICTIMA DEL FASCISMO ITALIANO

El suplicio del emparedamiento.

La amenaza se cumplía inexorable. Terribles y soberbios, con ímpetu de maldición bíblica, los magistrados fulminaron: "¡Veinticuatro años de presidio!" Una víctima más: Pesenti. Rebullía de gozo la justicia mussoliniana.

¡Veinticuatro años de presidio! Toda una vida, vida de emparedado, tremebunda, deshumanizada, sin más lontananza que la sordidez de la celda, sin otra melodía que el abrir y el cerrar de los cerrojos. Hedores. Luz sepulcral. Diálogos con su propio fantasma. Y así, de esta suerte, día tras día, un año y otro año, en callado suplicio inacabable. Tanto valdría haber atenazado al recluso con la soga del recluso.

¡Condena taimada y rencorosa! Sólo la hipocresía jurídica, en este caso la hipocresía fascista, pudo pronunciarla, escudándose en la majestad de una ley que ella misma ha dictado. Pero no por recóndito es menos manifiesto su designio. La cárcel mina sigilosa, hora a hora, con diabólica saña y pertinacia, la más recia robustez. Es la gota de agua horadando indefectible la piedra berroqueña.

Paso a paso, el ánimo del penado se ensombrece, se ensimisma hasta el delirio. Otros dialogan con su felicidad o con tu tedio; él dialoga con su dolor. El penado ha perdido la libertad, y la conciencia de tamaña pérdida se le entrosa en el alma como tentáculo de pulpo. Un ansia tan sólo le estremece todo el ser: tornar a la vida libre. Fuera de esto, todo lo demás pierde presencia y eficacia. En sueños y en vela, enfila el corazón allende el ámbito carcelario. No sabe cómo correr un velo al presente. Quisiera tener alas, incluso perder su esencia y forma humanas. Su imaginación se reuerce, corre, salta, voltea; agota en idas y venidas su esfuerzo creador. Como moscardón prisionero, multiplica sus vuelos en constantes rectificaciones. Busca una salida.

Pero no cabe evadirse. Allí está la áspera realidad para llamar a cordura toda alada ilusión. El problema, entonces se torna más angustioso, más enigmática su solución. No se trata ya únicamente de recobrar la libertad. En el penado puede apagarse o puede mantenerse la esperanza de esa libertad. Y ¡ay si llega a perderla! La es-

peranza es el resorte mismo de la vida humana.

Tamaño suplicio, extensivo a todo vulgar delincuente, se agrava en el caso de Pesenti. Pesenti no es un condenado de Derecho común. En lo humanamente justo, ningún delito ha maculado sus actos, ningún remordimiento puede escarbarle la conciencia.

Es víctima propiciatoria de un nuevo ídolo, ídolo epiléptico y cruel, sádica-mente voraz, jamás ahito de entrañas inocentes: el Moloch fascista.

Mussolini, una vez más, ha escupido con baba viperina a la justicia.

A la llama por vía de sacrificio.

Apenas si Pesenti era conocido. Tiempos atrás su nombre no volaba de boca en boca, a horcajadas de luminosa anunciación. Cobró notoriedad hará cosa de un año, a raíz de su encarcelamiento. En esta ocasión, como en tantas ocasiones, la universalidad de una fama precisa ser refrendada por el sacrificio de sí mismo. La Historia pide sangre, mucha sangre y mucho dolor para sus sembraduras.

En la Italia fascista, en ese mundo tenebroso poblado de multitudes sobrecogidas, Pesenti, con voz profética, para ejemplo de ciudadanía, había osado turbar aquel silencio social. Habló con indignación y veracidad. Frenesi nacionalista, matanzas en Abisinia, terror blanco, corporaciones anacrónicas y falaces, el servilismo de los ciudadanos, el acosamiento a toda libertad, fué señalado con el dedo, apareció en la crudeza de su monstruosa indignidad y mentira. Ello equivalía a lanzar contra sí mismo el anatema. Porque los magistrados mussolinianos ni si-



quiera alcanzan la espiritualidad escéptica de aquel antiguo magistrado romano, cuando éste preguntaba al Cristo: "¿Dónde está la verdad?" Desde Sicilia a Milán, lo que es, lo que debe ser, toda la verdad está encarnada en Mussolini. ¿Quién osará redargüirle con pensamiento libre? Decir lo que se siente, sentir lo que se dice. En intentarlo radica el pretense delito de Pesenti.

Pesenti no sólo sentía la verdad. No sólo la proclamaba con acatamiento de prosélito a la doctrina de un maestro. La escudriñaba él mismo y la pensaba en toda su altura y profundidad históricas. Profesor de Economía política en la Universidad de Sassari, nadie como él para desenmascarar esa ficticia pantomima que es el sistema corporativo. Su saber refutaba a fascistas, fascístólogos y fascistómanos.

Pero no en vano Marx le había iniciado en descifrar tantos misterios del acontecer histórico. Y en este punto estriba su singularidad. El profesor no se limitaba a ser profesor, arrellanado frente a la vida histórica, tímido y apartado, contemplativamente, con mirada retrospectiva, pasivo ante la rea-

La consigna de España

Por ISIDORO ACEVEDO

El sentido revolucionario del Primero de Mayo ha ido acentuándose con el tiempo en los sucesivos Congresos internacionales del proletariado desde que se instituyó en el de París de 1889. Alrededor de su objetivo central—posesión del Poder político por la clase trabajadora—, en cada país y en cada momento formularon los obreros reivindicaciones de carácter inmediato. Así, por ejemplo, en España una de esas reivindicaciones mantenidas con más tesón y mayor vehemencia fué la pronta terminación de la guerra de Marruecos y el reconocimiento a los naturales de ese país del derecho a proclamar la independencia de su territorio.

En este Primero de Mayo de 1937 es España la que ofrece la consigna de más importancia y mayor urgencia: guerra implacable al fascismo nacional e internacional y reconocimiento por parte de los demás países de nuestro derecho a defender la independencia de nuestro suelo con todos aquellos elementos que necesitamos para conseguirlo.

Desgraciadamente, ese derecho, taxativamente expresado en el art. 10

del Pacto de la Sociedad de Naciones, no solamente no es reconocido y amparado por países "democráticos", firmantes de ese Pacto, como Inglaterra y Francia, sino escandalosamente escarnecido y estorbado por ellos, con lo que de hecho se colocan del lado de los países fascistas que han invadido nuestro territorio.

Pero, a pesar de esa conducta francamente defensora de los intereses reaccionarios y plutocráticos que impulsan su imperialismo por todas partes, venceremos. Venceremos, porque nos asiste la razón y la justicia; venceremos, porque toda España vibra de entusiasmo y de coraje para rechazar a las hordas invasoras; venceremos, porque países como Rusia y Méjico amparan nuestro sacratísimo derecho y nos ayudan con su espléndida solidaridad; venceremos, porque el proletariado internacional, incluso el soterrado por Hitler y Mussolini, se ha puesto en pie para luchar por nuestra causa, que es la causa de la libertad, de la justicia y de la paz.

En este Primero de Mayo de 1937 la consigna de España es la consigna de todo el Mundo.

lidad actual, sus problemas y dolores. Esta indiferencia del teórico presupone ya un callado asentimiento, ya una paladina sumisión al mundo político donde vive. Pero para Pesenti teoría y práctica, acción política y pensamiento especulativo son dos maneras de ver un mismo todo: el hombre de carne y hueso, el hombre en su integral unidad, el hombre del vivir cotidiano, que lucha con la realidad histórica circundante. "Somos nosotros, decía Pesenti, quienes creamos la Historia, y sobre nosotros debe recaer la responsabilidad de los acontecimientos." Pesenti trataba las cosas serias con seriedad.

Seriedad que le indujo a escalar esa cúspide de la seriedad misma: el sacrificio. ¿No ha sido su vida un sacrificio? Pesenti ha ofrendado a las juventudes italianas cuanto era, cuanto podía ser, su vasta ciencia, su mocedad pujante, todas las excelencias de su personalidad. Y en ello puso una máxima generosidad y bizarría. Su anhelo supremo apuntaba a una transfiguración de su país, una radical transfiguración en el edificio y en el sistema. Esto, dicho en lenguaje concreto, significa el extirpar los apetitos imperialistas, la mansedumbre frente al despotismo, en unos; en otros, la veneración fetichista por un déspota me-

galómano que, remozando a los césares de la antigüedad, se ha divinizado a sí mismo. Hay en Italia quien, casi con terror religioso, se ha prosternado ante Mussolini como ante un fetiche regidor de los designios del destino. No caben almas más empozadas, aun en la prehistoria.

Pero la sal de la tierra está en hombres como Pesenti. Su infortunio, su callado heroísmo, no puede dejar indiferentes a aquellos en cuyo pecho espolea el odio a la guerra y a la tiranía. Asistírle es deber imperioso. Abandonarlo a su suerte es crimen de lesa humanidad. No lo olvidemos: quizá Pesenti, a estas horas, paladee en el calabozo un preguisto de muerte.

EUGENIO F. DE LA PUMARIEGA

UN CONCURSO

El Comité Provincial de Madrid del Socorro Rojo Internacional abre un Concurso de carteles con criterio circunscrito a sus actividades, es decir, perfectamente apolíticos dentro de la línea antifascista, y alusivos al carácter humanitario y de solidaridad de nuestra Organización.

Los bocetos se pueden presentar en Abascal, número 20, Secretaría de Agitación y Propaganda, a partir del próximo jueves.

LOS JEFES MILITARES DE LA DEFENSA DE MADRID



Los primeros combates en la Sierra sirvieron para fundir a los futuros soldados del pueblo. Muchos de aquellos antifascistas que salieron al encuentro de los militares sublevados no han vuelto más a sus hogares; otros, junto al bautismo de fuego recibieron el de sangre.

Cientos de hombres desorganizados resistieron el primer empuje. Después, el segundo ataque por Extremadura toma proporciones de más envergadura.

Aquella masa confusa, trémula de indignación y de sorpresa por tener Madrid a sus mismas espaldas, fué poseída de nuevo por un entusiasmo indescriptible. Los hombres se juntaron y los Batallones se confundieron... Y a las puertas de Madrid los fascistas encontraron ya seriamente una trinchera del pueblo que era inexpugnable, aunque estuviera hecha por los cadáveres de muchos españoles.

EL GENERAL MIAJA Y EL CORONEL ROJO, ARTÍFICES DE LA DEFENSA DE MADRID

Mientras el Gobierno evacuaba la ciudad amenazada y en el Ministerio de la Guerra se recogían los documentos de la guerra, en Madrid surgía una autoridad que estaba a la altura de los que luchaban en Carabanchel contra todo, sin pensar en nada.

La Junta de Defensa se responsabilizó de la capital. Y organizó inmediatamente la defensa del pueblo de Madrid, que significaba salvar la guerra y la República.

Un general hasta entonces olvidado fué el que recibió la delicada misión. Con él, los representantes de las organizaciones sindicales y políticas completaban la única autoridad que se hizo cargo de Madrid: la Junta de Defensa.

Miaja había derrotado a los fascistas en Albacete. Su lealtad a la República sólo tuvo ocasión de demostrarla allí. Su nombre era desconocido hasta entonces en los partes de guerra, donde figuraban muchos otros militares de tristes recuerdos.

El pueblo de Madrid aprendió a conocer a "su" general a través de las

fortificaciones que iban cubriendo las entradas al corazón de la capital; a través de los combates librados diariamente en todos los sectores, a cuyos estampidos se acostumbraron pronto; a través de los combates aéreos desarrollados sobre los tejados de nuestros edificios... El pueblo de Madrid aprendió a conocer a "su" general, y cuanto más lo conocía, más confianza tenía en él. La consigna del "¡No pa-



saremos!" real; un "¡Pasaremos!" que lo afirmaba y lo sostenía la sangre vertida en las orillas del Manzanares.

Con Miaja, otro militar hasta entonces oscuro comenzó a estructurar la defensa de Madrid. Sobre el plano de operaciones, sus ideas y sus manos tendieron los hilos de la defensa, que en gruesos parapetos de cemento y de piedra fueron sustituyendo a los primeros sacos terreros. El teniente coronel Rojo, jefe de Estado Mayor, detalló toda nuestra defensa, emplazando a los fusiles y a los cañones en los nervios de nuestra fortaleza.



CUANDO EL 7 DE NOVIEMBRE

Desde julio a noviembre se peleó de esta manera. Y en los primeros días de noviembre, cuando las bordas se acercaban cada vez más a Madrid, todos estos Batallones, todas estas unidades que andaban sueltas por todos los frentes, se juntaron en una sola fuerza. Los Batallones venían destrozados de las retiradas, y los nuevos hombres incorporados en aquellos días a las Milicias no habían oído nunca silbar sobre sus cabezas las balas de los fusiles facciosos...

BATALLONES, BRIGADAS, DIVISIONES Y CUERPOS DE EJÉRCITO

El Primero de Mayo es este año el día de los combatientes españoles. Los soldados, los jefes militares, los comisarios, todos los españoles que dan su esfuerzo para salvar a España del fascismo internacional, son los trabajadores de ayer, que se manifestaban en este día para reafirmar sus postulados.

Estos combatientes son los trabajadores que el día 18 de julio estaban concentrados en Círculos, Radios, Ateneos, Sindicatos..., y salieron a la Sierra organizados en esos mismos Círculos, Radios, Ateneos y Sindicatos.

Cuando la lucha tomaba proporciones más amplias, y los Radios, los Círculos, los Ateneos y los Sindicatos se fueron convirtiendo en Batallones, entonces se pudo parar el primer em-



puje e ir resistiendo hasta Madrid... Hasta que los Batallones sueltos tuvieron que formar Brigadas. Miaja y Rojo saben bien lo que costó organizarlas.

Madrid resistió en sus arrabales, y el fascismo español tuvo que llamar en su auxilio al fascismo extranjero. Alemania envía las primeras fuerzas de choque. Los técnicos del Estado Mayor alemán desprecian la táctica de los militares españoles traidores, y piensan conquistar Madrid por otro lado: Jarama. Pero las Brigadas defienden el Jarama, y en plena defensa se organizan las Divisiones. Miaja y Rojo también saben muy bien lo que costó organizar estas Divisiones.

La rapiña extranjera codicia Madrid. Hitler no se cansa de enviar sus aviones y sus hombres, que combaten por El Pardo, por el Jarama, por la Ciudad Universitaria... Mussolini también quiere tener una participación

más directa en la lucha. Los italianos desprecian asimismo a los técnicos militares alemanes y españoles, y su Estado Mayor pretende entrar en Madrid desde Guadalajara.

Las Divisiones que lucharon en el Jarama se movilizan. Se organiza la defensa, y se detiene al potente ejército motorizado que avanzaba por la carretera de Aragón. Las Divisiones se agrupan en un Cuerpo de Ejército, y desbaratan los hombres y los planes del Estado Mayor italiano. Miaja y Rojo—firmeza e imaginación—saben también lo que supone organizar un Cuerpo de Ejército, lo que significa organizar todo un Ejército sobre la marcha de la defensa de Madrid.

LOS JEFES MILITARES DE LAS UNIDADES DE COMBATE

A la vez que en la defensa total de Madrid se hallaban Miaja y Rojo, en cada una de las barriadas amenazadas surgían militares leales y militares forjados en la lucha. Son los jefes que han estado desde el primer día en los puestos más avanzados de nuestra defensa. Ortega, Rovira, Justo López, Romero..., y junto con éstos en aquellos sitios donde el enemigo apretaba más, las unidades de choque de Lister y de "el Campesino". Juntos todos, han defendido Madrid como jamás se ha defendido una ciudad. Y, sobre todo, han organizado, con aquellos primeros cañonazos que estremecían a los



madrileños, un formidable Ejército popular, que nos llevará a la victoria y que hoy nos la asegura de verdad con su heroísmo.

¡Honor y gloria en este Primero de Mayo a nuestros jefes militares, que han salvado Madrid y la democracia mundial!

G. O.

¡Solidaridad con las víctimas del fascismo, solidaridad con nuestros hermanos, que en territorio rebelde sufren la ira criminal de Hitler, Franco y Mussolini!



TRABAJADORES AYER, SOLDADOS DE HOY

Volvemos nuestros ojos al interior de la trinchera. Los milicianos, unos sentados en el suelo, otros de pie, tocan el gramófono y toman café. Colgado de un clavo hay una tablilla:

«LENIN HOTEL

On parle française
Englis Spoken
Se pucha caló.»

—¿Pero es verdad eso?

Si que es verdad. Se habla francés, inglés y «caló».

El francés lo habla Teófilo Granja. Teófilo Granja es un hombre de cuarenta y seis años, de ojos vivos y sonrisa humilde. De familia labriega, nació en Paredes de Nava, un pueblecito de la provincia de Palencia. Desde muy pequeño supo lo que era trabajar en el campo de sol a sol. Ya de mayor, alternaba las faenas del campo con el trabajo en las minas. ¿Hechos de su vida? El no tiene de aquella época ningún recuerdo destacable. Todo es monótono, igual. Trabaja y trabaja. Sacando carbón de las entrañas de la tierra, marchando inclinado tras la yunta, al borde de los surcos, la tierra implacable se fue tragando sus años mozos. Al cumplir los veintiocho, se casó. He aquí el único suceso destacable de su vida de entonces. Dos años antes había ingresado en el partido socialista. El entonces había abandonado la agricultura y trabajaba exclusivamente en las minas. Hubo una huelga, de la que Teófilo fue uno de los iniciadores, y el cabo de la Guardia civil lo amenazó seriamente. Tuvo que marcharse. Un día dejó en su pueblo a su mujer y se largó a «buscársela por ahí». A los dos meses estaba en París, y se llevó a la mujer. Y allí ha vivido hasta hace poco, y allí le han nacido sus cuatro hijos.

Al mismo tiempo que la formación militar, los jefes de nuestro Ejército se afanan por la formación cultural de nuestros hombres. No en vano la victoria del pueblo se proyecta sobre un nuevo horizonte de redención. Hay que cuidar del soldado de hoy y del hombre de mañana.

Concretamente, en el subsector del barrio de Usera se ha instalado El Hogar del Combatiente, en un magnífico edificio que antes de julio era un grupo escolar, con biblioteca y clases. Allí, nuestros soldados, aprovechan los momentos de descanso para capacitarse militar y culturalmente.

De todo esto nos habla con entusiasmo el comisario del 62 Batallón, camino de las primeras trincheras.

LENIN HOTEL

Alguien nos invita a mirar por la tronera, enmarcada por sacos terrosos:

—Ahí están.

A unos cincuenta metros de distancia, dos casas muestran su perfil agrio en ruinas. Ahí están. Entre trinchera y trinchera, el viento solitario y unos bulbos blanquecinos esparcidos aquí y allá.

Son cadáveres de moros. Ellos querían pasar; parece que ya han desistido.

las trincheras los gritos con que en Saint-Denis pregonaba las mercancías de su puestecillo ambulante, la trinchera se llena de risas y alborozo. —Teófilo, grita un poco, hombre, que hoy no vas a vender «ná». Teófilo se ríe y me mira, moviendo la cabeza.

—Ese es el que «pucha» caló. Ese es Antonio Ruiz, que ahora está



de puesto, mirando por una tronera la trinchera fascista, al lado de su fusil. Tiene dieciocho años y habla un andaluz jadeante. Es de un pueblecito de Granada: de Geta. El 5 de octubre salió del pueblo con otros vecinos y vino a Madrid para alistarse en los voluntarios andaluces. Ha luchado en Maqueda, Torrijos, Santa Olalla...

—Ellos pa' delante y noxtroz pa' atrás. Ahora va a zer al revés—nos dice, bailándole los ojos.

Cuando los italianos entraron en Málaga dejó de tener noticias de su familia. Después se enteró de que Geta había caído en poder de los fascistas. Allí se quedaron su madre y su hermana; su padre pudo escapar y le ha escrito desde Murcia. —No sé lo que será de ellas—dice,

mirando por la tronera, con los brillantes, las trincheras fascistas. De una chavola sale el sargento Antonio Álvarez. Es un hombre valeroso y risueño. Es un humorista. —En mi familia todos somos gordos, y la guerra nos ha resuelto el problema. Antes pesaba 119 kilos, ahora, 103. Yo no pienso salir de las trincheras hasta que me quede como una pluma.

Como él, sus cuatro hermanos «haciendo línea» en las trincheras, los distintos frentes, uno de ellos capitán en el de Toledo.

Toda la compañía está orgullosa de su sargento Álvarez y no quiere adelgazar. Cuando el sargento de ra satisfecho que ha adelgazado kilo, sus camaradas refunfuñan, humorados, y Antonio Ruiz le dice su andaluz fatigoso:

—¡Pero zí' uzí' está ligero, gentío!

«English spoken». No, nadie aquí ya inglés. El que lo hablaba, turno Fúster, cayó estúpido; se ha borrado ni se borrará de la una tarde de calma, cuando en esta inscripción: «English spoken», con la cabeza agachada.

Como en Usera, en Casa de Campo. Así en todos los frentes de la España leal. Son los frentes de ayer—intelectuales, comerciantes, campesinos de todas las ciudades—los que componen el Ejército del Pueblo. En sus filas se da la masa laboriosa del país. Gentes de todos, de todos los lugares, de aquí y de allá, seres que pensaron convivir materialmente se agrupan en las trincheras de la República. La guerra desencadenada por los fascistas a la patria los ha separado de sus hogares pueblos...

Ante las fechas señaladas 1 y 2 de mayo, hay que rendir un homenaje a los trabajadores de ayer, soldados de hoy y del mañana.

UN JARDÍN A CIEN METROS DE LAS TRINCHERAS FASCISTAS

Cuando se hacen los relevos de puesto, los relevados tienen sus lugares de recreo. Se llaman Rincones Rojos. He aquí uno, el número 2. Es un hotelito de una sala plantá con un jardín pequeño encuadrado entre la fachada y tres muros. En el jardín ha puesto sus luces verdes la primavera, y en el pozo, con el brocal pintado de rojo, hay macetas con flores rojas y azules. Los soldados del pueblo leen la prensa sobre los veladores, entre el rumor del viento en las hojas. Parece que el frente debe estar a muchos kilómetros, y sin embargo está aquí mismo, a unos cuantos metros de distancia. De vez en cuando se oye cercano el estampido de un fusil o el silbar tenue de una bala perdida. La gente sigue leyendo y unos pajarillos milicianos alegran con su pío el jardín.

Dentro de la casa, las paredes están decoradas con ingenuidad y con gusto. Se ven retratos y dibujos con las figuras salientes del Frente Popular: José Díaz, «Pasionario», Azorín... Consignas: «La disciplina es el arma más eficaz para conseguir la victoria», ¡PASAREMOS!. Sobre las mesas, folletos del Comisariado de Guerra, del Ministerio de Propaganda, de la editorial Europa-América, y algunas novelas seleccionadas.

Todo en el Rincón Rojo es sencillo y limpio. Los que luchan heroicamente en las trincheras han hecho en sus ratos de ocio estos Rincones Rojos, y en los momentos de descanso aquí se reúnen, a pocos metros del enemigo, para leer o para charlar en el jardín, contándose sus cosas, comunicándose sus esperanzas puestas en el mañana...

Aquí está Lorenzo Rueda López, de cuarenta y cuatro años, campesino de Santa Cruz de Retamar. El no sabe leer porque sus padres, desde pequeño, tuvieron que emplearlo en las fa-



nas del campo. Había que ayudar a llevar el pan a la casa humilde. Ahora le ha dicho el comisario que hay que aprender a leer. Lorenzo Rueda tiene cinco hijos y ya está maduro para estos trotes, pero si el comisario lo ha dicho... Lorenzo se entretiene mirando las estampas de un periódico mientras espera al maestro que todas las tardes, a las cinco, va a las trincheras para enseñar a leer a los analfabetos.

CASA DE CAMPO

El sector de la Casa de Campo ha sido teatro hace días de uno de los combates más cruentos librados en las puertas de nuestra capital. Por inicia-



tiva nuestra se ha atacado. Ya pasaron los tiempos en que resistir el empuje de las fuerzas extranjeras era nuestro inmediato objetivo. Ahora ya se ataca. ¡Y de qué forma!... Nuestros heroicos soldados salen de sus trincheras a la voz de mando y avanzan sin volver la cabeza, los ojos fijos en las fortificaciones fascistas, entre el silbar de las balas de la fusilería y el canto de muerte de las ametralladoras.

Ahora el sector de la Casa de Campo vive un paréntesis de relativa calma, y nuestros soldados han bajado de las trincheras para asistir a un festival.

UN FESTIVAL EN LA LINEA DE FUEGO

En una explanada enmarcada de árboles se ha levantado un tablado y se han puesto delante de él unos bancos de tablas. De las trincheras de este sector han bajado numerosos milicianos. Se han sentado en los bancos, otros se han quedado de pie, algunos se han subido a los

árboles para no perder un detalle del espectáculo. Empieza el festival, y conmueve ver a aquellos heroicos soldados del pueblo reírse como chicos, ingenuamente, ante la gracia un poco manoseada de los improvisados payasos. Cerca de mí, rozándose con su hombro, está Atilano Reguero; ha participado en los últimos combates de la Casa de Campo, y por sus oídos han silbado las balas y los obuses, y por sus ojos han desfilado los agrios campos de batalla. Ahora ríe con su risa explosiva; ahora está contento. Está pendiente de las gracias de ese hombre alto, vestido de colorines, que con la cara pintada de blanco y rojo se hace repetir una y otra vez algo para él incomprensible, lo que promueve grandes risas en el auditorio. Ya no se acuerda Atilano Reguero de lo que me contaba hace rato.

El 10 de abril, al amanecer, su Compañía recibió orden de tomar una trinchera, que como una cuña hendía las líneas leales. El ataque, rápido, había de sorprender al enemigo, sin darle tiempo a recobrar. Había que obrar con decisión si se quería conseguir el objetivo—les había dicho el comisario—. Entre dos luces salió de su trinchera la 3ª Compañía, desplegada para el ataque. Una lluvia de balas fué el recibimiento que les hicieron los fascistas; las ametralladoras abrieron fuego en ráfagas; todo inútil: la 3ª Compañía, con bombas de mano, desalojó la trinchera enemiga, que momentos después era totalmente ocupada. Pero se perdió mucha gente, muchos camaradas, que murieron, cara al enemigo, avanzando. Atilano Reguero me hablaba hace poco de ellos. Ahora parece que los ha olvidado, y ríe, ríe a carcajadas;

pero no. Vuelve la cabeza y me dice: «Este tío tiene tanta gracia como Leoncio, el Maderero», un muchacho de mi Compañía que murió el otro día en el ataque al Garabitas. Y la risa se le apaga y una arruga le ensombrece la frente.

El festival continúa. Ahora actúa un camarada que recita poesías de nuestros poetas revolucionarios. Los milicianos siguen con atención el recitado, y aunque muchos no comprenden íntegramente, se dejan ganar por la música del verso y aplauden a ra-



biar. Finalmente, la banda de la Brigada interpreta el «Himno de Riego» y «La Internacional», y los puños nervudos se crisan de emoción por encima de las cabezas.

Juan JOSE MORENO

VISADO POR LA CENSURA



EL SOCORRO ROJO DE ALICANTE



En Alicante, los días 14 y 15 de marzo, tuvo lugar la celebración del Pleno Provincial del S. R. I. En él se discutió la labor realizada por el Socorro Rojo en la provincia y se sentaron nuevas bases sobre las que levantar nuevas iniciativas, que cristalizaron en resoluciones concretas.

Nosotros queremos destacar hoy, por ser de justicia, la labor desarrollada en estos meses de lucha por el S. R. I. de Alicante.

SANIDAD

Todos sabemos hasta qué punto extremo la traición de los militares dejó desguarnecidos los servicios sanitarios de nuestro Ejército, entonces en formación. El problema, sin duda alguna, era grave. Todo en el nuevo Ejército hubo que improvisarlo, y el Socorro Rojo, espontáneamente, aportó su valiosa ayuda para la nueva estructuración de ciertos servicios: Intendencia, Sanidad... Especialmente en los servicios de Sanidad, el Socorro Rojo, respondiendo a los dictados humanitarios que son la base de su vida, desplegó todo su entusiasmo, todo su fervor. Muestras evidentes de la eficacia de su labor en este orden son los 275 hospitales de sangre, puestos de socorro y sanatorios, equipos de transfusión de sangre, escuelas de enfermeras y camilleros, almacenes de instrumental y material sanitario, etc., etc., que han sido recientemente traspasados a las instituciones oficiales. Nosotros estamos capacitados para proclamar que la labor en este orden del S. R. I. en Alicante es de todo punto admirable.

Desde los primeros días de la sublevación, nuestros camaradas del Socorro Rojo de Alicante desplegaron una actividad ejemplar. Cuando nuestras fuerzas marcharon sobre Albacete, entonces en poder de un grupo de traidores, el S. R. I. de Alicante organizó equipos de enfermeras, que marcharon con nuestros combatientes. El día 5 de agosto destacó al frente de Guadix (Granada) personal técnico y auxiliar con cinco ambulancias, dos coches ómnibus, tres de turismo e infinidad de camillas, estableciendo todo el servicio sanitario del frente y acondicionando y montando, en breve tiempo, en aquel sector, diez hospitales, servicios que siguió atendiendo en todo tiempo el Comité Provincial alicantino.

Después ha ido organizando en su propia provincia hasta el número de treinta y dos hospitales de sangre, con 3.175 camas, dos de ellos en la capital, con capacidad para más de setecientos heridos.

En estos hospitales han sido atendidos miles y miles de heridos de todos los frentes, y nuestros camaradas de Alicante se han desvivido para hacer, en lo humanamente posible, grata la estancia en el lecho del dolor de nuestros hermanos que han caído mordidos, en los frentes de lucha, por la metralla extranjera.

Todos estos servicios, toda esta ingente labor sanitaria, completamente organizada, se encuentra ya en manos del Gobierno del Frente Popular. Al cabo de estos meses de lucha, nuestro glorioso Ejército cuenta ya con una Sanidad Militar modelo. La aportación del Socorro Rojo de Alicante a esta tarea sólo merece elogios.

Paralelamente a estos trabajos, la Sanidad civil ha sido otro de los problemas que el Socorro Rojo ha abordado en todo el territorio leal. Por el Comité Provincial de Alicante han sido distribuidos equipos y botiquines de cura entre todas las organizaciones antifascistas de la provincia para caso de bombardeo. Ultimamente, entre los acuerdos del Pleno, está la creación de un Sanatorio para Toxicómanos de guerra, y un Laboratorio que se ocupe de clasificar a los donadores de sangre para la transfusión en su día.

AYUDA A LOS REFUGIADOS;

AYUDA A MADRID

Cuando Málaga cayó en poder de las tropas de Mussolini, la población en masa de la ciudad mártir emprendió el trágico éxodo Málaga-Almería para librarse de la vesania del fascismo asesino. Almería, Murcia, Alicante..., vieron sus calles transitadas por las mujeres y niños de Málaga, que aun llevaban en sus ojos, cargados de dolor, las estampas espeluznantes de la huida. El Socorro Rojo de Alicante no paró hasta conseguir que aquellas desgraciadas mujeres y niños, que aquellos seres víctimas inocentes de la guerra, que lo habían perdido todo, encontrasen nuevamente hogar en que posar sus doloridas plantas, pan que llevarse a la boca. El Socorro Rojo de Alicante, como el de Almería, como el de Murcia, supo, respondiendo plenamente a los más

íntimos postulados de nuestra Organización, llevar a aquellas mujeres, a aquellos niños, la tranquilidad, la paz necesaria en donde olvidar los horrores vividos.

Otra de las preocupaciones del Socorro Rojo alicantino es la ayuda al heroico pueblo madrileño y a los combatientes de las trincheras de nuestra capital.

Desde que los ejércitos del fascismo internacional asentaron sus pies en las cercanías de Madrid, la ayuda en víveres de la población alicantina no ha cesado. Todos hemos visto desfilar por nuestras calles camiones y más camiones cargados de mercancías. Todos hemos leído los carteles que venían colgados de esos camiones: «El pueblo de Almoradí, a sus camaradas madrileños», «Benisa saluda a Madrid», «Novelda, a los combatientes de Madrid»...

El Socorro Rojo de Alicante ha sabido encauzar esa corriente de solidaridad práctica de los alicantinos hacia nuestra capital. Ultimamente se ha llegado al acuerdo, por todos los Comités locales, de intensificar los esfuerzos para ayudar a Madrid, organizando una semana de colectas especiales que culmine en un gran envío de víveres y continuar después esta campaña, para que la ayuda a nuestra capital sea permanente.

Resumiendo en cifras, se puede calcular en más de doscientos los camio-



nes cargados de víveres que han salido de la provincia con destino a todos los frentes.

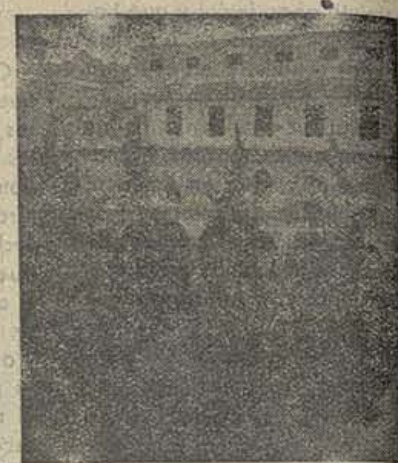
«SOCORRO ROJO»

Así se titula el órgano periodístico del Comité Provincial de Alicante del S. R. I., editado por los camaradas que componen la Secretaría de Agitación y Propaganda de dicho Comité. Inteligentemente dirigido, en él tienen fiel reflejo las campañas de nuestra Organización. Muestra del acierto que ha presidido su salida, es el éxito que en toda la provincia han alcanzado los números publicados y el acuerdo del Pleno Provincial de hacerlo semanal en vez de quincenal, para una mayor constante comunicación con el público.

En otro orden de actividades, también el Socorro Rojo de Alicante ha

sabido cumplir con su deber. Ocho Guarderías infantiles funcionan en su provincia. En ellas, los hijos de nuestros milicianos y los niños refugiados de las ciudades amenazadas por el fascismo, se preparan para el mañana, al amparo de las bombas y de los obuses. También son numerosos los talleres de donde salen diariamente prendas para las mujeres y niños que de las regiones invadidas han llegado a Alicante. Finalmente, se va a llevar a efecto la creación de un Hogar-Escuela de reeducación profesional para mutilados de guerra, y un Hogar-recreo del soldado mutilado, con biblioteca, juegos y deportes.

El Socorro Rojo de Alicante ha sabido hacer honor a su nombre, y así lo han comprendido los antifascistas alicantinos, que continuamente engrasan sus filas. Hoy día, a los nueve



meses de lucha, el Socorro Rojo alicantino puede mostrar orgulloso la enorme labor realizada a sus 40.000 afiliados, repartidos en sus 65 Comités locales.

MARCOS

DONATIVOS recibidos por el Comité Provincial del S. R. I. de Madrid, del 16 al 22 de Abril de 1937

Pesetas	Pesetas
Colectividad de Campesinos de Villaverde Alto (U. G. T.)	5.000
Sección de Trabajadores de la Tierra, Rivatejada (Unión General de Trabajadores)	167,70
Sección de Trabajadores de la Tierra, Canencia de la Sierra (Madrid)	122,50
Sección de Trabajadores de la Tierra, Anchuelo (Madrid)	277,85
Sección de Trabajadores de la Tierra, Cenicientos (Madrid)	20
67.ª Brigada Mixta, Tercer Batallón, 4.ª Compañía	300
31.ª Brigada Mixta, 3.ª Compañía, 4.º Batallón	112,55
1.º de Información de Artillería	90
Batallón Pontoneros	1.317,05
Comité Obrero del Café Europeo	50
4.ª Brigada Mixta, Compañía de Zapadores	394,25
Batallón Ciclista núm. 1, Servicio Especial de Enlace	185,60
Santiago Cordero	100
Cuerpo de Tren del Ejército (Destacamento Cruz Verde)	150
Plana Mayor, Agrupación de Artillería (Lozoyuela)	245
Aeródromo X. X. Núm. 9	207
Batallón Artes Blancas, 1.ª Compañía	21,25
Batallón Artes Blancas (L. González)	10
Primer Batallón, 37.ª Brigada, 22 Compañía, Cavada	1.161,60
Personal de Talleres S. E. I. D. A.	50
35.ª Brigada	200
Agrupación Artillería, 10 División, 2.ª Batería de Obuses 11,43	400
Agrupación Artillería, 10 División, Batería 7,5	292
Plana Mayor (Agrupación Artillería)	230
Primera Compañía, 2.º Batallón, 30.ª Brigada	1.135
Gregorio Marín (Instituto Geográfico)	576
Sociedad de Trabajadores de la Tierra, Berea del Tajo (Madrid), U. G. T.	500
36.ª Compañía de Asalto	1.025
Personal de la Fábrica Matías López	250
Batallón Artes Gráficas	13
Grupo Anti-Aéreo	360
1.ª Compañía, 2.º Batallón, 30.ª Brigada	125
U. G. T. Frente Popular de Alpedrete	1.000
Sanidad Militar (Parque y Talleres)	282
Justino García Crespo (sueldo del Ayuntamiento)	200
Comité de Valdetorre de Jarama	100
Personal de la Alameda de Osuna	52
Florencio Casao	50
Comité Central de Control Obrero del Estado	1.000
Compañeros de la taberna de Lagasca, 64 (segundo turno, Sección Candel)	14,15
5.ª Compañía, 2.º Batallón, Cuerpo de Tren del Ejército	563,50
48.ª Brigada Batallón Dimitrof, 4.ª Compañía	271,55
Comisario del tercer Batallón, 21.ª Brigada	4,20
Giro recibido producto de una colecta hecha en el frente de Jarama por las Compañías 2.ª y 3.ª del tercer Batallón de la Brigada Mixta P. U. A. y Batería	651,90
Donativo de varios camaradas	255
Donativos recibidos por las Secciones y Comarcas:	
Sección Este:	
Festival Pro Presos (Grupo Yeste)	601,20
Camarada Maroto	100
Grupo Hans Beimler	723,55
Donativos varios	1.089,75
Comarca de Carabanchel:	
Tres días de haber (meses de febrero, marzo y abril), de los empleados afectos a la U. G. T. del Hospital número 1	9.174,15

Socorro Rojo
órgano de la Solidaridad
EDITADO POR EL C.P. DEL S.R.I. DE ALICANTE



LOS COMISARIOS POLITICOS DE LA DEFENSA DE MADRID

soldados. Ellos son el alma viva, el corazón, el cerebro político, de nuestro Ejército popular.

LOS COMISARIOS DE LA DEFENSA DE MADRID

Al hablar de la defensa de Madrid, forzosamente hay que resaltar la figura de Francisco Antón. Con Miaja y Rojo forman el tríptico de la

El último, en la conquista de Trijueque, bajo las órdenes de Lister.

El comisario de guerra Piñera dice que los fascistas llaman a Carabanchel el frente de la muerte. Desde el 7 de noviembre, el ejército extranjero ha tenido que retroceder por aquí cuatro kilómetros. Pero cuatro

No hace mucho, en una de las emisiones al enemigo del Comisariado de Guerra, Piñera les gritó a los fascistas:

—¡Si pretendéis pasar por aquí, os podéis volver por donde habéis venido! ¡Pero os recibiremos con los brazos abiertos si venís a luchar con nosotros por España!

Eladio López Poveda es el comisario de Usera. Obrero de la construcción antes de la guerra. Desde entonces combatiente en la Sierra, en Talavera y en Madrid. Cuando el asedio a Madrid, comisario de la Brigada. El jefe de la Brigada también es obrero de la construcción: Justo López. Comenzó a luchar el mismo día que el comisario Poveda. Y ahora, en el barrio de Usera, el comisario y el comandante están arrancando a los extranjeros casa a casa y calle a calle.

Los fascistas entraron en el barrio de Usera hasta muy adentro. Pero han ido retrocediendo y algunas de aquellas casas que antes eran posiciones enemigas, son ahora "Rincones Rojos" de batallones. El Hogar del Combatiente es un modelo de organización, donde se hace el periódico de la Brigada: "Avanzadilla".

La Ciudad Universitaria tiene en Rodrigo un buen comisario. Los que están en el Hospital Clínico han oído muchas veces la voz de Rodrigo invitándoles a que se pasen a nuestras filas. Entre combate y combate, en

los pocos días en que hay tranquilidad en este sector, el comisario aprovecha la ocasión para dirigirse al enemigo.

La labor de este comisario está a la altura de los demás. Forma con todos ellos, y Antón a la cabeza, el heroico Comisariado del Centro.

Los comisarios caídos luchando al frente de sus hombres son una prueba de ello. Belmonte, Alegría, Ansorena—últimamente—dan gloria a los comisarios de guerra que defienden Madrid. Ellos siguen el ejemplo marcado por estos héroes que pertenecen ya a la Historia, y en unión de los jefes militares llevan a nuestros soldados al triunfo.

G. O.

Francisco Antón, comisario general del Centro.

Cuando se habla de la defensa de Madrid siempre hay que recordar con emoción aquel 7 de noviembre en Carabanchel. En la historia del comisario de guerra se destaca este día como ejemplo admirable de firmeza. El camarada Francisco Antón, comisario del Centro, salió al encuentro de los fascistas en las puertas de Carabanchel. Saló cuando muchos emprendían el camino de Valencia. Pero la presencia de Antón en Carabanchel infundió ánimos a los milicianos desorientados. Y cuando él, con un puñado de comisarios políticos, nombrados quizá aquel mismo día, hacía también frente a las hordas, no solamente frenó el avance, sino que infundió alientos para atacar con el desprecio a la vida que jamás se ha atacado.

Muchos de aquellos comisarios tuvieron que tomar el mando de los Batallones deshechos y lanzarse a la lucha al frente de sus milicianos; otros dieron ejemplo de heroísmo...

Aquella noche Madrid se defendió admirablemente, gracias a los comisarios políticos, que cambiaron la moral de los combatientes. Puede decirse que allí comenzaba una nueva etapa para los comisarios de guerra. Hasta entonces los comisarios venían desarrollando una misión algo confusa. Cada uno actuaba independientemente, sin un control fijo. Desde los días de julio, en que el 5.º Regimiento enviaba a la Sierra a sus comisarios políticos, junto con sus comandantes, hasta el mes de noviembre, el comisario ha vivido la guerra como jamás la haya podido vivir alguien. Su participación directa, su intervención constante entre los soldados y el Mando, le ha hecho pasar por momentos angustiosos. Los comisarios que cayeron en la retirada hasta Madrid podrían hablar de aquellos días en que los milicianos, desarmados, tenían que aguantar en campo raso, sin fortificaciones, las oleadas de fuego y destrucción del ejército invasor. Las docenas de tanques, los miles de bombas de aviación, las descargas continuas de las baterías fascistas sobre aquellos héroes, que no tenían más armas que un fusil.

Los comisarios de guerra son el orgullo de nuestro Ejército. Ellos han sido, como representantes del Frente Popular, los forjadores de nuestros

defensa de nuestra ciudad. Miaja, Rojo y Antón son las tres figuras ejemplares de lo que es la convivencia entre el mando militar y el comisario de guerra. Los tres son populares por igual; los tres tienen la misma participación y responsabilidad en la lucha; los tres son los héroes históricos de nuestra defensa.

Francisco Antón es ferroviario y viejo militante comunista. Su firmeza y su clara visión política las ha demostrado ya muchas veces. Su seguridad en el triunfo es absoluta; lo mismo ahora que cuando luchó en Carabanchel aquel 7 de noviembre frente a los invasores. El es el organizador del admirable Comisariado del Centro, que tantos hombres heroicos ha dado a la defensa de Madrid.

LOS COMISARIOS DE MADRID

Nuestros comisarios están hechos a semejanza de Antón. Desde los primeros días de la lucha en Madrid, estos comisarios fueron designados a los distintos sectores, juntos con los jefes militares. Y, como éstos, conocen todos los triunfos y todas las resistencias.

Isidoro Hernández es el comisario de la Casa de Campo. Antes de la guerra era metalúrgico. Ahora es comisario de Brigada, pero él comenzó a luchar en Guadarrama como simple miliciano en la gloriosa Compañía de Acero. Ha luchado siempre, sin descanso. Antes de la guerra, bajo la bandera de la vieja Juventud Comunista; en la guerra, bajo la bandera de los más heroicos batallones.

En noviembre vino a la Casa de Campo como comisario. Y desde aquel día sigue en su puesto, haciendo retroceder al enemigo paso a paso. El teniente coronel Romero sabe lo que significa su colaboración, y los soldados saben también lo que vale la presencia de Isidoro Hernández en los sitios de mayor peligro, cuando el enemigo se obstina en romper la muralla de hierro del pueblo.

El comisario de la Casa de Campo ahora sólo desea ganar la guerra y vengar a sus dos hermanos, muertos valientemente en el campo de batalla.



Manuel Piñera, comisario de Carabanchel.

kilómetros en donde ha tenido que dejar miles de hombres tendidos en el suelo; cuatro kilómetros surcados por multitud de caminos de evasión hollados cientos de veces por españoles que vienen a nosotros en las noches oscuras que no hay combate.

El comisario Manuel Piñera es de Murcia. Y vino a defender Madrid cuando los fascistas estaban en Leganés. Allí oyó los primeros tiros y los primeros cañonazos. Luego retrocedió hasta Carabanchel y aquí se plantó, decidido a no dejarlos pasar. Desde entonces se han librado en Carabanchel muchos combates y la República ha reconquistado ya los barrios del Tercio, el Terol, Arroyo de las Pavas, etc.



Isidoro Hernández, comisario de guerra de la Casa de Campo.

Nuevamente las tropas alemanas e italianas han desencadenado la ofensiva contra Bilbao. Nuestros hermanos de Euzkadi se defienden heroicamente. ¡Frenemos esta ofensiva, derrotemos al fascismo atacando con ímpetu en todos los frentes!





AQUEL - 2 DE MAYO

EL 19 DE MARZO Y EL 2 DE MAYO
DE 1808

Cuando los franceses trataban de tomar las piezas a la bayoneta, sin cesar el fuego por nuestra parte, eran recibidos por los paisanos con una batería de navajas, que causaban pánico y desaliento entre los héroes de las Pirámides y de Jena, al paso que el arma blanca en manos de estos aguerridos soldados no hacía gran estrago moral en la gente española, por ser ésta de muy antiguo aficionada a jugar con ella. Los españoles, al verse de este modo heridos, antes enfurecían que desmayaban. Desde mi ventana, abierta a la calle de San José, no se veía la inmediata de San Pedro la Nueva, aunque la casa hacía esquina a las dos; así es que yo, teniendo siempre a los españoles bajo mis ojos, no distinguía a los franceses sino cuando intentaban caer sobre las piezas, desafiando la metralla, el plomo, el acero y hasta las implacables manos de los defensores del Parque. Esto pasó una vez, y cuando lo vi, parecióme que todo iba a concluir por el sencillo procedimiento de destrozarse simultáneamente unos a otros; pero nuestro valiente paisanaje, sublimado por su propio arrojo y por el ejemplo, la pericia y la inverosímil constancia de los dos oficiales de Artillería, rechazaba las bayonetas enemigas, mientras sus navajas hacían estragos, rematando la obra de los fusiles.

Cayeron algunos, muchos artilleros, y buen número de paisanos; pero esto no desalentaba a los madrileños. Al paso que uno de los oficiales de Artillería hacía uso de su sable con fuerte puño, sin desatender el cañón, cuya cureña servía de escudo a los paisanos más resueltos, el otro, acudillando un pequeño grupo, se arrojaba sobre la avanzada francesa, destrozándola antes de que tuviera tiempo de reponerse. Eran aquellos los dos oficiales oscuros y sin historia, que en un día, en una hora, haciéndose, por inspiración de sus almas generosas, instrumento de la conciencia nacional, se anticiparon a la declaración de guerra por las Juntas y descargaron los primeros golpes de la lucha que empezó a abatir el más grande poder que se ha señoreado del mundo. Así sus ignorados nombres alcanzaron la inmortalidad.

El estruendo de aquella colisión, los gritos de unos y otros, la heroica embriaguez de los nuestros y también de los franceses, pues éstos evocaban entre sí sus grandes glorias para salir bien de aquel empeño, formaban un conjunto terrible, ante el cual no existía el miedo, ni tampoco era posible resignarse a ser inmóvil espectador. Causaba rabia, y al mismo tiempo cierto júbilo inexplicable, lo desigual de las fuerzas y el espectáculo de la superioridad adquirida por los débiles a fuerza de constancia. A pesar de que nuestras bajas eran inmensas, todo parecía anunciar una segunda victoria. Así lo comprendían, sin duda, los franceses, retirados hacia el fondo de la calle de San Pedro la Nueva; y viendo que para meter en un puño a los veinte artilleros, ayudados de paisanos y mujeres, era necesaria más tropa con refuerzos de todas armas, trajeron más gente, trajeron un ejér-

cito completo, y la división de San Bernardino, mandada por Lefranc, apareció hacia las Salesas Nuevas con varias piezas de Artillería. Los imperiales daban al Parque, cercado de mezquinas tapias, las proporciones de una fortaleza, y a la abigarrada pandilla, las proporciones de un pueblo.

Hubo un momento de silencio, durante el cual no oí más voces que las de algunas mujeres, entre las cuales reconocí la de la Primorosa, enronquecida por la fatiga y el perpetuo grito. Cuando en aquel breve respiro me aparté de la ventana, vi a Juan de Dios completamente desvanecido. Inés estaba a su lado presentándole un vaso de agua.

—Este buen hombre—dijo la huérfana—ha perdido el tino. ¡Tan grande es su pavor! Verdad que la cosa no es para menos. Yo estoy muerta. ¿Se ha acabado, Gabriel? Ya no se oyen tiros. ¿Ha concluido todo? ¿Quién ha vencido?

Un cañonazo resonó, estremeciendo la casa. A Inés cayósele el vaso de las manos, y en el mismo instante entró don Celestino, que observaba la lucha desde otra habitación de la casa.

—¡Es la artillería francesa!—gritaba—. Ahora es ella. Traen más de doce cañones. Van a hacer polvo a nuestros valientes paisanos.

Juan de Dios abrió sus ojos buscando a Inés con una mirada calma y apagada como la de un enfermo.

—Los franceses son innumerables—continuó—. Vienen cientos de miles.

En cambio, los nuestros son menos cada vez. Muchos han muerto ya. ¿Podrán resistir los que quedan? ¡Oh! Gabriel, y usted, caballero, quienquiera que sea, aunque presumo será español: ¿están ustedes en paz con su conciencia, mientras nuestros hermanos pelean abajo por la patria? Hijos míos, ánimo; los franceses van a atacar por tercera vez. ¿No veis cómo se aperciben los nuestros para resistir con tanto brío como antes? ¿No oís los gritos de las que han sobrevivido al último combate? ¿No oís las voces de esa noble juventud? Gabriel; usted, caballero, quienquiera que sea, ¿habéis visto a las mujeres? ¿Darán lección de valor esas heroicas hembras a los varones que huyen de la honrosa lucha?

Al decir esto, el buen hombre, con una alteración que hasta entonces jamás había yo advertido en él, se asomaba al balcón, retrocedía con espanto, volvía los ojos a nosotros, y tan pronto hablaba consigo mismo como con los demás.

—Si yo tuviera quince años, Gabriel—continuó—, si yo tuviera tu edad... Francamente, hijos míos, yo tengo un miedo horroroso. En mi vida había visto una guerra, ni oído jamás el estruendo de los mortíferos cañones; pero lo que es ahora cogería un fusil, sí, señores, lo cogería... ¿No veis que va escaseando la gente? ¿No veis cómo los barre la metralla?... Mirad aquellas mujeres que con sus brazos despedazados empujan uno de nuestros cañones hasta embocarle en esta calle. Mirad aquel montón de cadáveres, del cual sale una mano increpando con terrible gesto a los enemigos. Parece que hasta los muertos hablan, lanzando de sus bocas exclamaciones furiosas... ¡Oh!, yo tiemblo, sostenedme; no, dejadme tomar un fusil, lo to-

maré yo. Gabriel, caballero, y tú también, Inés, vamos todos a la calle, a la calle. ¿Oís? Aquí llegan las vociferaciones de los franceses. Su artillería avanza. ¡Ah, perros!, todavía somos suficientes, aunque pocos. ¿Queréis a España? ¿Queréis este suelo? Pues ahí está, ahí está dentro de esos cañones lo que queréis. Acercaos. ¡Ah! Aquellos hombres que hacían fuego desde la tapia han perecido todos. No importa. Cada muerto no significa más sino que un fusil cambia de mano, porque antes de que pierda el calor de los dedos heridos que lo sueltan, otros lo agarran... Mirad: el oficial que los manda parece contrariado; mira hacia el interior del Parque y se lleva la mano a la cabeza con ademán de desesperación. Es que les faltan balas, les falta metralla. Pero ahora sale el otro con una cesta de piedras de chispa. Cargan con ellas, hacen fuego... ¡Oh!, que vengan, que vengan ahora. ¡Miserables! España tiene todavía piedras en sus calles para acabar con vosotros... Pero ¡ay!, los franceses parece que están cerca. Mueren muchos de los nuestros. Desde los balcones se hace mucho fuego; mas esto no basta. ¡Si yo tuviera veinte años!... Si yo tuviera veinte años tendría el valor que ahora me falta y me lanzaría en medio del combate, y a palos, sí, señores, a palos acabaría con todos esos franceses. Ahora mismo, con mis sesenta años... Gabriel, ¿sabes tú lo que es el deber? ¿Sabes tú lo que es el honor? Pues para que lo sepas, oye: yo, que soy un viejo inútil; yo, que nunca he visto un combate; yo, que jamás he disparado un tiro; yo, que en mi vida he peleado con nadie; yo, que no puedo ver ma-



tar un pollo; yo, que nunca he tenido valor para ver matar un gusanito; yo, que siempre he tenido miedo a todo; yo, que ahora tiemblo como una liebre, voy a bajar al instante a la calle para alentar a esos valientes, diciéndoles en castellano aquello de «¡Dulce et decorum est pro patria mori!»

Estas palabras, dichas con un entusiasmo que el anciano no había manifestado ante mí sino muy pocas veces, me enardecieron de tal modo que me avergoncé de reconocerme cobarde espectador de aquella heroica lucha, sin disparar un tiro ni lanzar una piedra en defensa de los míos. A no contenerme la presencia de Inés, ni un instante habría yo permanecido en aquella situación. Después, cuando vi al buen anciano precipitarse fuera de la casa, dichas sus últimas palabras, miedo y amor se oscurecieron en mí ante una grande, una repentina iluminación de entusiasmo, de esas que raras veces, pero con fuerza poderosa, nos arrastran a las grandes acciones.

Inés hizo un movimiento como para detenerme; pero sin duda su admirable buen sentido comprendió cuánto habría desmerecido a mis propios ojos

cediendo a los reclamos de la debilidad, y se contuvo, ahogando todo sentimiento. Juan de Dios, que al volver de su desmayo era completamente extraño a la situación en que nos encontrábamos, y no parecía tener ojos ni oídos más que para espectáculos y voces de su propia alma, se adelantó hacia Inés con ademán embarazoso y le dijo:

—Pero Gabriel habrá enterado a usted de todo. ¿La he ofendido a usted en algo? Bien habrá comprendido usted...

—Este caballero—dijo Inés—está muerto de miedo, y no se moverá de aquí. ¿Quiere usted enconderse en la cocina?

—¡Miedo! ¡Que yo tengo miedo!—exclamó el mancebo con un repentino arrebató que le puso encendido como la grana—. ¿Adónde vas, Gabriel?

—A la calle—respondí saliendo—. A pelear por España. Yo no tengo miedo.

—Ni yo, ni yo tampoco—afirmó resuelta, furiosamente Juan de Dios, corriendo detrás de mí.

Benito PEREZ GALDOS

